

# **Chile 30 años después: Reflexiones sobre la Modernidad y autoimagen <sup>1</sup>**

Pablo Cristoffanini

Universidad de Aalborg

Pocas personas que conocieron el Chile del pensamiento católico progresista, el socialista y humanista que se expresaron en los gobiernos de Eduardo Frei (1964-1970) y el de Salvador Allende (1970-1973) negarán que en el Chile de los últimos 30 años se han producido cambios económicos sustanciales en la sociedad chilena que han conllevado cambios radicales en la mentalidad y autoimagen de los chilenos.

Escasas huellas quedan en el discurso político y en la mentalidad de la gente (aparte de grupos políticos hoy periféricos como el Partido Comunista y el MIR) de estos proyectos de modernidad. Al parecer en el Chile actual la modernidad para las elites del poder (económicas, políticas e intelectuales) consiste en: a) un modelo económico neoliberal y b) la ideología y la práctica del consumo.

Estas elites del poder han difundido con éxito una ideología donde modernidad es sinónimo de fe en las capacidades del mercado para organizar la economía y la sociedad y de satisfacer las necesidades de los individuos en cuanto a salud, vivienda, educación y servicios. El debilitamiento del rol del Estado en estas áreas es visto como algo necesario y positivo.

Mientras en los 60 y los 70 los protagonistas de la sociedad eran los campesinos y trabajadores industriales y los sectores populares en general, en los últimos decenios son los empresarios a los que se ha considerado como el motor de la

sociedad. Recientemente, los defensores de la versión neoliberal y consumista de la modernidad<sup>2</sup> han presentado a los consumidores como el dinamismo de la sociedad chilena actual y como el símbolo de la modernidad chilena.

Lo que caracteriza el actual período es entonces el consenso en la elite política (derecha, socialistas y mayoría de demócratacristianos) en cuanto al modelo económico neoliberal y el éxito que han tenido intelectuales y políticos en difundir un discurso que homologa neoliberalismo y consumismo con modernidad.

Ya en los años 80 algunos logros macroeconómicos chilenos fueron utilizados para crear una imagen triunfalista y un estilo de hablar y comportarse que popularmente se denomina como “cachetón”. En efecto, en el libro de Joaquín Lavín<sup>3</sup> (1987) *Chile Revolución Silenciosa*, ya están las ideas fuerza, el vocabulario y las líneas gruesas de la autoimagen que las elites dominantes en Chile han difundido para un público externo y externo.

El libro de Lavín elogia la privatización de la salud, la educación y la previsión y asocia la retirada del Estado de estos sectores y la mercantilización de ellos con *variedad de servicio, adelanto tecnológico, regularidad y eficiencia*. Las personas que antes (cuando el Estado tenía un rol más importante en la salud, la previsión y la educación) habían sido *pasivas* son ahora *activos consumidores* en estas áreas y exigen y piden.

Cuando se habla de los cambios en la producción y el énfasis absoluto en la exportación Lavín utiliza un vocabulario que subraya machacadoramente los aspectos cuantitativos (la *multiplicación* de las empresas exportadoras y sus productos) Además la exportación chilena se presenta también como *sofisticada*. Chile es un país *líder, confiable, el único capaz de abastecer al consumidor europeo y*

*americano durante un período ininterrumpido, con la más moderna tecnología* : Plantas computarizadas para la selección de la fruta y avanzadas técnicas de enfriamiento. La representación que hace Lavín de Chile en este libro es la de un país exportador, líder, con tecnología sofisticada, con alta productividad, con ventajas comparativas, país estrella, al nivel de los Estados Unidos de América, Dinamarca y Nueva Zelanda.

Se puede uno preguntar ¿Cómo puede entonces ser que el ingreso per cápita (en dólares americanos) de Nueva Zelanda es de \$ 13,050 el de Dinamarca de \$ 30,546, el de los Estados Unidos \$ 34,858 mientras el de Chile es de \$ 4556? <sup>4</sup> Esta visión triunfalista, llena de autosuficiencia y jactancia ha sido desarrollada y constituye la autoimagen que las elites dominantes tienen de Chile y sí mismas y que difunden con cierto éxito. Sin embargo, la representación que hace Lavín en su famoso libro es extremadamente parcial y sin matices y oculta (al igual que todas las representaciones triunfalistas, jactanciosas y presumidas del Chile actual) hábilmente los lados negativos y las desastrosas consecuencias que para muchos sectores tiene el camino hacia el paradigma de modernidad que las elites de poder tan intransigentemente han impuesto y mantienen y que los intelectuales como Tironi con una argumentación populista y astuta defienden.

Lavín nada dice, p.ej., del conflicto que surge entre el objetivo de las empresas de la salud que es el ganar dinero y los intereses de los pacientes. Además en Chile no todos pueden ser miembros de las Isapres (Instituciones de Salud Previsional) y los servicios dependen de lo que se puede pagar (coberturas). Las enfermedades más comunes son las menos cubiertas.

En el Chile actual una persona que no tiene el dinero para pagar una operación necesaria puede esperar hasta un año para poder hacérsela. Sin embargo, la

operación puede ser hecha el mismo hospital y al día siguiente si la misma persona puede pagarla de su bolsillo.

Para referirse a los derechos sindicales de los trabajadores Lavín habla en su libro de los “monopolios laborales”. Por supuesto no muchas personas asocian algo positivo con la palabra. El libro de Lavín fue escrito cuando todavía Chile era gobernado por un dictador militar. Lo cual no constituía obstáculo alguno para que Lavín presentara a Chile como un país moderno, tecnológicamente avanzado que nada tenía que envidiarle a neozelandeses, islandeses, daneses y otros países. En cuanto a la tecnología quizá sea necesario recordar que una cosa es poder utilizarla y otra cosa es ser capaz de producirla internamente. Tampoco Lavín menciona los enormes costos humanos y sociales de la llamada *Revolución Silenciosa* que hoy a 30 años del golpe militar son ampliamente conocidos. A pesar de estas carencias y el carácter propagandístico del ensayo de Lavín es un libro importante, porque da cuenta de aspectos esenciales de la verdadera revolución desde arriba que la dictadura, aconsejada por los economistas neoliberales, impuso. También porque expresa la nueva autoimagen jactanciosa presumida y fanfarrona de las elites dominantes chilenas y de los intelectuales-clientes de ellas. Esta revolución neoliberal forzada violentamente desde arriba por la dictadura de Pinochet ha significado un radical cambio de mentalidad de la gran mayoría de los chilenos, que se puede apreciar fácilmente si uno ha vivido fuera del país.

En la sociedad chilena actual se puede constatar lo acertado de las afirmaciones de Marx en cuanto a los cambios que la sociedad de mercado conllevaba en la cultura y las relaciones personales. Así, para el pensador alemán, los vínculos entre las personas son reducidos al “frío interés” y al cruel “pago al contado”. El fervor religioso, el romanticismo y las actitudes caballerescas ahogados en “las heladas aguas del cálculo egoísta”.<sup>5</sup>

En una sociedad en que la salud, la vivienda y la educación son mercaderías como otras, la calidad del producto depende de los ingresos de las personas. Unido a ello está el consumo que en la sociedad chilena actual significa poder, prestigio, identidad y hasta sentido de la vida.

Difícil es entender y explicar fuera de Chile la radicalidad que la cultura del consumo ha asumido en este país. ¿Qué significa concretamente que el consumo constituye la identidad y el sentido de vida de muchos chilenos? Significa entre otras cosas que los medios de comunicación de masas (televisión, periódicos y revistas) difunden imágenes que crean la ilusión de un país poblado por seres rubios, elegantes y hermosos, que viven en bellas mansiones y cuyos problemas más agobiantes son los sentimentales. Si uno compra tal marca de bluejeans o de auto o si beba tal cerveza accederá a ese mundo. <sup>6</sup> Mundos que poco tienen que ver con la realidad en que viven la gran mayoría de los chilenos, tampoco con sus características físicas. Hay que recordar que Chile ha sido y es una sociedad conformada mayoritariamente por mestizos que poco tienen que ver con la blancura y el pelo rubio que tanto se valora en los medios de comunicación chilenos y latinoamericanos en general.

Es claro que en la economía global en que vivimos, las tendencias hacia el consumo se dan en todas las sociedades, especialmente en los últimos decenios tras los fracasos de los proyectos alternativos a la sociedad de mercado. Quizá la peculiar de Chile (y otros países de la llamada América Latina) sea el que la no participación plena (por convicciones personales en poquísimos casos o por incapacidad económica para la gran mayoría que no tiene ninguna posibilidad real de acceso a mansiones como las del barrio alto en la capital a un Porche, BMW o Mercedes Benz, un puesto en una firma prestigiosa o viajes anuales a Europa, Estados Unidos o lugares exóticos) en la cultura del consumo tiene consecuencias sociales, económicas y personales drásticas: La imposibilidad de un obtener un trabajo para el que se está calificado, acceder a ciertos círculos sociales o

simplemente fracasar en el mercado sentimental que como el nombre lo dice, hoy más que nunca es un mercado. Consecuencias que el consumo o el no considerarlo como factor de identidad o sentido de vida no tiene en países como los escandinavos o Alemania que no son menos modernos que Chile.

En el Chile de hoy el consumo es posible no por el aumento de los ingresos de los sectores asalariados o por una redistribución del excedente económico por la acción del Estado, sino por la masificación del crédito que alcanza hasta los sectores populares excluyendo sólo a grupos muy pobres declarados como insolventes, que son los verdaderos parias de la sociedad chilena actual. La fiebre e ilusión del consumo lleva a la lucha por los puestos de trabajo y la aceptación de pésimas condiciones labores y bajas remuneraciones, lo que está también relacionado con la quiebra de los *monopolios laborales* (eufemismo por destrucción violenta del movimiento sindical y aniquilación de los derechos de los trabajadores) de la que hablaba Lavín.

¿Es la modernidad simplemente el imperio del mercado y el consumo masivo? Así parecen creerlo no sólo las elites políticas e intelectuales de derecha, los socialistas y parte de los demócratacristianos en Chile, sino también intelectuales que se consideran así mismos progresistas y de izquierda. Para el sociólogo argentino-mexicano García Canclini, p.ej., América Latina ha llegado a ser moderna en los 90 por la iniciativa privada que ha democratizado el consumo cultural<sup>7</sup>. Lo que los apologistas del consumo hacen (Canclini con el consumo cultura, Tironi con cualquier tipo de consumo) es separar el consumo de la producción. Hay que preguntarse quién produce lo que se consume: ¿Cuántas películas y teleseries latinoamericanas se ven en los Estados Unidos en comparación con cuantas películas, teleseries y programas americanos se ven en América Latina? También hay que preguntarse, ¿cuál es el contenido de este consumo cultural? Hay que subrayar que no se trata de un antiamericano burdo sino de un cuestionamiento de relaciones asimétricas. Después de todo en Europa (la del

Norte al menos) se bebe vino francés, español, chileno e italiano. Sería triste que más del 90% del vino fuera francés.

Lo sorprendente del caso chileno es el rechazo de toda concepción alternativa o crítica de la modernidad y la homologación de modernidad con modelo económico neoliberal e ideología y prácticas consumistas. Existe una intolerancia respecto a esta y otras cuestiones centrales. Así, en el último congreso de americanistas que se efectuó precisamente en la capital chilena, los participantes chilenos en el taller sobre modernidad y tradición en América Latina en el que participé, imposibilitaron el discutir la crítica del escritor argentino Ernesto Sábato a la modernidad occidental que fue el tema de mi ponencia. Fue imposible llegar a una discusión y evaluación de las ideas de Sábato sobre la modernidad, de sus aciertos y errores. En lugar de discutir las ideas de Sábato los participantes chilenos utilizaron todas sus energías en descalificarlo personalmente. Al escritor argentino se le llamó, sin argumentación, mediocre ensayista y defensor de la dictadura del general Videla. Aún más se hizo escarnio de los argentinos al sostener uno de los profesores chilenos que probablemente su economía marchaba tan mal, porque gente como Sábato se preocupaba de problemas metafísicos en lugar de hablar de problemas económicos. ¿Episodios aislados? Fuera que me ha tocado experimentar en otros congresos la descalificación personal de otros escritores e intelectuales latinoamericanos (Mario Vargas Llosa que fue comparado por uno de los participantes chilenos con el fallecido cómico mexicano Cantinflas) hay un cierto estilo de discusión, una manera de dirigirse a los otros, de relacionarse con las ideas opuestas a las propias convicciones que parece estar bastante difundida en el Chile actual. Hace años atrás Octavio Paz criticaba a los intelectuales marxistas y progresistas latinoamericanos por ser tuertos (tener un ojo abierto sólo para ver las carencias y el lado sombrío de los EUA y de las dictaduras de derecha en la llamada América Latina, mientras que eran ciegos cuando se trataba de ver las atrocidades del estalinismo ruso y la brutalidad de la dictadura de Castro) y decía

que los intelectuales marxistas latinoamericanos eran, como sus antepasados tomistas: Cruzados; por la pasión, la vehemencia, y la unilateralidad con que defendían sus convicciones.

Las ideas se reciben a partir de un contexto histórico y cultural, dentro de una tradición. La sociedad y la cultura chilenas han tenido una tradición dominante autoritaria, elitista, machista y racista<sup>8</sup> y las ideas del neoliberalismo han servido en parte para legitimar algunas de estas tendencias. En esta tradición dominante se es poco propicio al diálogo, al compromiso, a la aceptación de la diversidad, a las visiones matizadas. La desigualdad social, la miseria han sido vistas como datos de la realidad y el maltrato y la crueldad con las personas y los animales han sido aceptadas o justificadas.

Si lo que se quiere es discutir si Chile es hoy una nación moderna, hay que precisar primero qué entendemos por modernidad. Un primer acercamiento a ella nos lleva a verla como un proceso histórico y un proyecto. El primero incluye el Renacimiento, la Reforma, La Ilustración y la Revolución Industrial. El segundo implica la fe en la razón, las pruebas y los argumentos. Ha sido un proyecto inconcluso y siempre en peligro de liberación de los dogmas religiosos y los ídolos de la tribu como el nacionalismo, que vuelven a asomar su feo y peligroso rostro en el mundo árabe, los EUA (Estados Unidos de América) y Europa Occidental. El proyecto de la modernidad se ha fundamentado también en la creencia que la ciencia y la razón pueden ayudarnos a mejorar nuestras condiciones materiales y sociales. Claro que la modernidad ha tenido un lado luminoso y uno sombrío y por ello ha ido acompañada desde un principio de una contracorriente desde Vico y Herder hasta Adorno y Horkheimer, pasando por Nietzsche y Heidegger.

Karl Popper veía los resultados de la modernidad occidental como la capacidad de abolir o al menos aliviar una serie de males que han aquejado a la humanidad. Los

males que la modernidad occidental ha abolido o remediado, de acuerdo al pensador austriaco son los siguientes:

- La miseria.
- La desocupación y otras formas de inseguridad social.
- Las enfermedades y el dolor.
- La crueldad en las cárceles.
- La esclavitud y otras formas de servidumbre.
- Las discriminaciones religiosas y raciales.
- La falta de oportunidades educacionales.
- Las rígidas diferencias de clase.
- La guerra <sup>9</sup>

La lista de Popper como tipo ideal es un buen punto de partida para discutir en qué medida la sociedad chilena ( u otras si vamos a eso) es moderna.

Sería absurdo negar los logros macroeconómicos que Chile ha tenido en los últimos decenios, pero ¿justifica ello la autoimagen triunfalista, presumida y jactanciosa de empresarios, políticos, personeros oficiales e intelectuales-clientes? Chile ocupa un triste lugar entre los países con mayor desigualdad en el mundo. En Chile el 10% más rico de los chilenos concentra el 45% de los ingresos totales mientras que el 10% más pobre recibe el 1,1%. Si se mide toda la distribución de los ingresos (no sólo lo que concentran lo más ricos y los más pobres) Chile es el undécimo país más injusto del mundo.<sup>10</sup> Sólo en países como Sierra Leona, Lesotho, Namibia, Honduras y Paraguay los pobres viven situaciones más injustas que los pobres de Chile.

En Namibia, el 10% más rico percibe ingresos ciento treinta veces superiores al diez por ciento más pobre. En Sierra Leona la diferencia es de ochenta y siete y en Chile el diez por ciento más rico tiene ingresos cuarenta y tres veces superiores al décimo más pobre. En los países que según las Naciones Unidas lideran el ranking

del desarrollo humano como Noruega los más ricos ganan sólo cinco veces más que los pobres; en Suecia casi seis. El país del mundo donde hay más equidad es Hungría, seguida por Dinamarca, Japón, Bélgica y Suecia.

Difícil es comprender el estilo jactancioso y presumido sobre los logros de Chile y la oda al consumo de intelectuales como Eugenio Tironi cuando se tiene en mente estas cifras. No sólo las cifras que son una expresión abstracta de lo que se puede constatar con los sentidos si uno visita Chile. Las enormes e insultantes diferencias saltan a la vista si se recorre las poblaciones populares en la capital Santiago y los barrios en los que viven los sectores de altos ingresos, son una imagen de las inmensas diferencias entre los muchos que consumen poco y los pocos que consumen mucho. ¿Cómo explicar la jactancia y el triunfalismo de Tironi que nos habla de un capitalismo maduro y una genuina sociedad de consumo en Chile como sinónimos de éxito y progreso? Mientras algunos chilenos viven en casas de 700 millones de pesos y hacia arriba muchos viven en casas de fósforos, otros, como en los cerros de Valparaíso, viven en casas de latas, casi derruidas, frías, húmedas, etc. Mientras algunos pocos chilenos conducen un Porche, BMB o un Mercedes Benz hay ancianas con rostros marcados por el hambre que suben a los trenes o buses a vender aspirinas o niños y niñas en edad escolar vendiendo láminas o lo que pueden por las noches en cafés y restaurantes.

Tironi se jacta de que los jóvenes chilenos están hoy conectados por cable al mundo y lo utiliza como ejemplo de la super modernidad chilena. Habría que preguntarse cuántos y en qué sectores. Los jóvenes escandinavos también están conectados por cable al resto del mundo y seguramente el número de computadores por hogar es más alto en cualquier país escandinavo que en Chile. Pero lo fundamental es que cualquier niño o joven escandinavo tiene acceso al mismo tipo de escuela o liceo con la misma calidad en la infraestructura y enseñanza. No se discrimina entre escuelas y liceos de primera, segunda y tercera

clase que por supuesto darán ventajas a unos sobre otros a la hora de entrar en la universidad. Los jóvenes escandinavos tampoco son discriminados en razón de qué universidad provienen, porque todas son gratuitas y la enseñanza es de igual calidad. Todo esto y el acceso a viviendas de calidad y espaciosas hasta para los grupos más desposeídos son índices de un progreso equilibrado y no el tener Di Vi Di (como se dice en Chile) y vivir en casas húmedas, con poco espacio y de mala calidad y no poder ser atendido en un hospital porque no se tiene los recursos para poder pagar la operación o el tratamiento necesario. Claro que las sociedades escandinavas no son el paraíso terrenal y que surgen problemas cuando la educación y la salud son totalmente gratuitas: esperas para las operaciones más comunes, abusos en la utilización de los médicos, etc. Otro problema serio, en la Dinamarca actual, es que los refugiados que han llegado últimamente, producto de la discriminación alentada por el propio gobierno, se están convirtiendo en un grupo marginal que carece de cosas elementales.

Una actitud verdaderamente moderna se caracteriza por no creer, desear o luchar por paraísos terrenales, sino simplemente luchar por solucionar problemas reales como el acceso desigual (o el no acceso) a una buena vivienda, servicios de salud y educación, la discriminación laboral en razón de la procedencia étnica, etc.

En general las sociedades escandinavas aparecen como una versión equilibrada de la modernidad, que da la oportunidad de desarrollarse humanamente al mayor número de personas posibles. Claro que esto se financia mediante los impuestos y en Chile ello significaría que los conducen Porsche o BMW y viven en casas de 1000 millones de pesos ( u otros que producto de la estructura elitista y clientelista de Chile gozan de altos salarios en comparación con los escasas entradas económicas de amplios sectores laborales) tendrían que contribuir sustantivamente para crear mejores condiciones y posibilidades para sus compatriotas menos

afortunados pagando impuesto de sus sueldos o impuestos proporcionales al valor del auto que compran: mientras más caro el modelo más impuestos.

Pero no sólo son las abismantes y aberrantes diferencias sociales las que no dan ponen en cuestión la supuesta modernidad chilena y cuestionan la autoimagen jactanciosa y presumida. También lo hacen actitudes mentales autoritarias, tradicionalistas, machistas racistas y comportamientos con las mismas características.

No es casualidad que la versión del nuevo liberalismo que tanta aceptación ha tenido entre las elites del poder haya sido una versión que desconfía de la razón, de la democracia y de la intervención de la sociedad y el Estado y que enfatiza la fe en la mano invisible del mercado (la divina providencia) para garantizar el bien de todos. Estamos hablando de la versión del liberalismo del pensador austriaco F.A: Hayek, que enseñó en la Universidad de Chicago.<sup>11</sup>

En este contexto ideológico es que se puede apreciar la bagatelización que hace Tironi del hecho que parte del Senado chileno no sea elegido por todos los ciudadanos<sup>12</sup> y declaraciones sobre el estado actual de la sociedad chilena como estas: *“La sociedad de individuos, donde las personas entienden que el interés colectivo no es más que la resultante de la maximización de los intereses individuales, ya ha tomado cuerpo en las conductas cotidianas de los chilenos de todas las clases sociales y de todas las ideologías.”*<sup>13</sup> Es la maximización del interés individual sinónimo de interés colectivo? ¿Qué significa esto no en un modelo ideal sino en la sociedad real? Significa, p.ej. que si el interés de un agricultor por maximizar su producción lo lleva a usar abonos y pesticidas que a la larga van a contaminar el agua y los ríos de la que todos dependen esto es sinónimo de los intereses colectivos. O que las empresas pesqueras que pueden hacer desaparecer ciertas especies de peces o mariscos por una ganancia a corto plazo son las garantes del interés colectivo.

A veces las alabanzas de Tironi a la sociedad de consumo chilena parecen una película de ciencia ficción: *“Y si se trata de comer, ahí están las múltiples alternativas de comida a domicilio. De hecho, se puede encontrar toda la variedad imaginable de menús entregados en el hogar y en un tiempo muy breve. Ya no se va a comer; es la comida la que viene a uno”*.<sup>14</sup>

Seguramente en Santiago se ven colas de vehículos que se dirigen a la población José María Caro y La Victoria a la hora de la cena con manjares exóticos. ¿Habrá subido alguna vez Tironi a un cerro de Valparaíso donde la gente trabaja contenta por un pan con mortadela o compran uno o dos cigarrillos porque no tienen dinero para comprar una cajetilla? ¿Suben los enviados de restaurantes con comida extranjera a los cerros en moto o en auto para entregarla?

La representación que hacen de Chile la gran mayoría de los intelectuales y personeros oficiales encubre, niega o distorsiona la realidad. El mismo Tironi dirigiéndose a los empresarios chilenos escribe: *“El caso Pinochet podría representar un punto de quiebre en la trayectoria del empresariado chileno. Este podría dar un salto en su modernización si hace el duelo correctamente. Podría sentir que ha pagado su deuda de gratitud pendiente con Pinochet, reconquistar su autonomía, y mitigar sus temores frente al contexto democrático e internacional en que se desenvuelve”*.<sup>15</sup>

¿Cómo se puede hablar de Chile como un país moderno cuando su empresariado todavía desconfía de la democracia? , cuando intelectuales como Tironi llaman “deuda de gratitud” al degollamiento de dirigentes sindicales, la tortura y el aniquilamiento de los opositores políticos?

Quizá lo más controversial e irritante de la nueva autoimagen presumida y jactanciosa que las elites del poder y los intelectuales-clientes difunden es que se presenta el modelo chileno como sinónimo de desarrollo y como paradigma

indiscutible. En la visión de Tironi los críticos a este modelo son conservadores. Al parecer el único camino hacia la modernidad es el que Chile ha escogido, el de la sociedad de consumo con el mercado como el agente principal y un Estado mínimo. Pero esta no es, ni ha sido la realidad ni de los países escandinavos, ni los del sudeste asiático, ni siquiera de los Estados Unidos de América. En los países escandinavos hay agencias del medio ambiente que controlan la agricultura e inspección de la pesca para que se atengan a las cuotas señalados por los biólogos marinos (esto es válido para todos los países de la Unión Europea) precisamente porque no siempre los intereses individuales son sinónimos de los intereses colectivos. Tampoco hay una competencia salvaje en las grandes ciudades de decenas de líneas de buses que contaminan el aire y ponen en peligro la vida de los pasajeros. Y existe un excelente, eficiente y sumamente confortable sistema de trenes de propiedad estatal.

En los EUA también el Estado ha desempeñado un rol importante. Ha estado tras los éxitos tecnológicos desde el telégrafo a la internet. Ha tenido un rol importante en el desarrollo del mercado financiero y del crédito, que entre otras cosas permitió a la clase media ser propietarios de sus viviendas. Los EUA han tenido una fuerte legislación antimonopolista y fue el apoyo estatal el que permitió que la electricidad se expandiera a todos “los consumidores” americanos.<sup>16</sup>

La sociedad chilena actual se vea afectado por un modelo de desarrollo desequilibrado que pone sólo énfasis en la exportación, el consumo, las cifras macroeconómicas y que pretende igualar modernidad con individualismo y consumo. Pero la modernidad es un proceso multifacético que conlleva el desarrollo de la democracia política y la social. Sin una cierta igualdad social la democracia política se convierte en algo virtual. No es extraño que los empresarios chilenos desconfíen de la democracia política con las enormes desigualdades sociales que se experimentan en Chile. Pero sólo en el contexto de una mentalidad

autoritaria se puede concebir que la solución sea descansar en el poder de las Fuerzas Armadas.

Una modernidad equilibrada significa disminuir no sólo las distancias en cuanto a poder e ingresos entre los grupos sociales, sino también entre los sexos y los grupos étnicos. Significa también la difusión de los concursos públicos y la capacidad profesional como los mecanismos regulares para obtener un trabajo no el favoritismo político o la pertenencia a una familia de poder y prestigio como en el Chile actual.

La gran mayoría de los chilenos experimenta todas las secuencias de un modelo de desarrollo desequilibrado con sus secuelas de estrés, deterioro del medio ambiente, agresividad y egoísmo de las personas, aumento de la delincuencia, etc. Y si el constatar esto es ser conservador, como lo sostiene Tirón, entonces muchos chilenos son hoy conservadores. Estudios realizados por la FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales) en 1995 comprobaron que *“en medio del crecimiento económico y el consumo ampliado, muchos chilenos se sienten inseguros e infelices por niveles más altos de estrés en sus vidas, por el endeudamiento, por la congestión y polución de las ciudades, por la delincuencia creciente. La encuesta de FLACSO consignaba opiniones mayoritarias de que Chile era una sociedad cada vez más egoísta, más individualista, menos respetuosa de las demás, más agresiva y menos sana moralmente.”*<sup>17</sup>

En realidad son las elites de poder (empresarios y políticos) el relativamente pequeño sector de altos ingresos y los intelectuales-clientes los únicos realmente beneficiados con este modelo, por ello una representación más realista de lo que ocurre hoy en Chile debería llevar por título *El monolitismo de las elites y el malestar de las masas.*

A 30 años del golpe hay que reconocer que la sociedad chilena ha avanzado en materia de derechos humanos, en información sobre lo que realmente ocurrió durante y después del golpe. La elite política intentó durante largo tiempo ignorar el problema de los derechos humanos, o como se dice eufemísticamente “bajarle el perfil” a estos problemas. La detención de Pinochet en Londres cambió todo esto y los en Chile poderosos empresarios se vieron impotentes ante las instituciones democráticas de países como España e Inglaterra.

Recién hoy con el testimonio de connotados miembros del actual gobierno sobre su paso por centros de tortura se está hablando más libremente de la gran tragedia, que oficialmente se silenció. En las entrevistas con protagonistas de ambos bandos (en los excelentes programas audiovisuales que la televisión nacional chilena creó para conmemorar los 30 años) se puede apreciar que todavía algunos exoficiales intentan justificar la tortura y el asesinato de opositores políticos tildándoles simplemente de “comunistas”, lo cual en el Chile del general Pinochet era sinónimo de no humano.

Hace ya más de 30 años atrás trabajé con otros jóvenes chilenos descargando vagones de ferrocarril con fertilizantes para la agricultura y en otras faenas. Fue una época de alegría, generosidad y solidaridad, donde el luchar por un proyecto común daba un profundo sentido a la vida. Nunca fui testigo de odio hacia la gente de los partidos de derecha o la democracia cristiana (incluso hacíamos bromas juntos en las clases en la universidad) ni vi opositores políticos al gobierno de Allende en prisión o torturados o diarios de derecha cerrados. La gran mayoría de nosotros, los jóvenes de entonces queríamos un país más justo, con mayores oportunidades para los sectores populares. El gobierno de Allende intentó hacer algo radical para solucionar un problema que esa época era serio y hoy día lo es más aún porque el consumo exquisito de unos pocos tiene como contrapartida las carencias de muchos. Hoy sabemos que los medios eran equivocados, que el estatismo no lleva ni a mayor desarrollo ni a mayor bienestar. También que

Allende y los dirigentes políticos de la UP fueron irresponsables porque siendo minoría impulsaron drásticas transformaciones sociales y provocaron a poderosos opositores y por no haber impuesto claros límites a la acción irresponsable de la extrema izquierda que buscó la confrontación y atemorizó a los sectores medios. Las consecuencias no la pagaron los dirigentes de la UP, muchos de ellos forman parte de la elite política y/o económica actual. Las consecuencias de la irresponsabilidad la sufrieron los sectores populares en las poblaciones, los jóvenes estudiantes, y los sacerdotes que tomaron en serio las enseñanzas evangélicas sobre el reino de los pobres y la justicia social como valor, profesores universitarios cuyo único delito era el haber sido miembro de un partido de izquierda. Fueron ellos los torturados salvajemente, algunos hasta la muerte.

A 30 años del golpe “nosotros los de entonces ya no somos los mismos” y nada queda de la generosidad, la solidaridad, la valentía<sup>18</sup> y la entrega por causas que superen los simples intereses individuales. Pero Chile sigue necesitando de líderes políticos y de intelectuales que conozcan la realidad profunda del país y estén en condiciones de entregar una imagen matizada de él que de cuenta de los logros alcanzados, pero también de los serios problemas que enfrenta el país: sociales, educacionales, sanitarios, medioambientales, étnicos, delincuencia, violencia con las mujeres en el hogar, etc. Sobre todo el Chile actual necesita de políticos e intelectuales que rompan con el monolitismo de las elites y con la ideología que sostiene que todas las alternativas al modelo neoliberal y consumista de desarrollo son ideologías. El modelo actual es sólo esto, una alternativa de desarrollo y muy distante de ser la más equilibrada.

## NOTAS:

- <sup>1</sup> Como el título lo sugiere este texto es un ensayo, sin ninguna pretensión científica. El texto comparte todas las ventajas y desventajas del ensayo como género y tiene como finalidad invitar a la reflexión y la polémica.
- <sup>2</sup> Como Eugenio Tironi en su libro *La irrupción de las masas y el malestar de las elites. Chile en el cambio de siglo.*, Santiago de Chile, 2000.
- <sup>3</sup> Joaquín Lavín, *La Revolución silenciosa* Santiago de Chile, Editorial Zig-Zag, 1988.
- <sup>4</sup> Ver [www.natiomaster.com](http://www.natiomaster.com)
- <sup>5</sup> C. Marx y F. Engels (1973) *Manifiesto del Partido Comunista*. En: Obras Escogidas en tres tomos. Editorial Progreso: Moscú, p.113.
- <sup>6</sup> La cultura del consumo en Chile ha sido analizada de forma penetrante por Tomás Mulián en sus ensayos *Chile actual. Anatomía de un mito*, Lom Ediciones, 1997 y (1999) *El consumo me consume*, Lom Ediciones, 1999.
- <sup>7</sup> Nestor García Canclini (1990) "Contradicciones latinoamericanas: ¿modernismo sin modernización? En *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo: México, D.F. pp.92-93.
- <sup>8</sup> Sobre el autoritarismo, machismo y racismo en Chile véase el libro de Jorge Larraín (2001) *Identidad Chilena*, Lom Ediciones, Santiago de Chile.
- <sup>9</sup> K. R. Popper (1983) *Conjeturas y Refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Paidós studio básica: Barcelona.
- <sup>10</sup> Los datos están tomados del artículo de Renato Bernasconi "Chile, cada día más injusto". En *The Clinic* Jueves 16 de octubre de 2003 - Año 5- N° 114.
- <sup>11</sup> Una buena introducción a ideas centrales de Hayek son sus ensayos recogidos en *Individualism and Economic Order*, The University of Chicago Press, 1984: Chicago y Londres.
- <sup>12</sup> Ver *La Irrupción de las masas y el malestar de las élites*, p.40.
- <sup>13</sup> Ibi.d p. 36
- <sup>14</sup> Ibid. pp. 41-42.
- <sup>15</sup> Ibid. p. 76
- <sup>16</sup> Artículo en el periódico danés *Politiken* del profesor y Premio Nobel de Economía. ex consejero del Presidente Clinton Joseph E. Stiglitz. El artículo se titula *El poder del ejemplo* y va dirigido a los países en desarrollo para que no escuchen la prédica de los EUA y de organizaciones internacionales como el Banco Mundial acerca de qué política económica deben implementar y

por el contrario miren lo que en la práctica han hecho los países que han tenido éxito en su desarrollo económico.

<sup>17</sup> Jorge Larraín, op. cit. P. 253

<sup>18</sup> De la que vi pruebas, aún en condiciones muy difíciles. P:ej. cuando en el campo de concentración llamado *Melinka* en Colliguay un joven que había sido dirigente estudiantil junto conmigo le gritó a los soldados —que estaban vejando a un jorobado que se negaba a cantar la estrofa de la canción nacional que comenzaba con “Vuestros nombres valientes soldados que habeis sido de Chile el sostén....”— ¡Pucha que son valientes!